

**DISCURSO EN EL ACTO DEL SEPELIO DEL
Dr. PIO DEL RIO HORTEGA
(el 2 de Junio de 1945)**

Por el Sr. Académico Prof. Dr. BERNARDO A. HOUSSAY

Con el ánimo dolorido y acongojado, me toca despedir los restos mortales de un amigo a quien tuve profundo afecto y la más grande admiración. Lo hago en nombre propio y de la Academia Nacional de Medicina que está de duelo por este hombre de ciencia eminente, que era honra y decoro del elenco de sus miembros. La ciencia biológica española ha sufrido la pérdida de uno de los sabios más insignes que ha producido.

Don Pío del Río Hortega era un castellano genuino; nacido en Portillo (Valladolid) se había recibido de médico en Valladolid y obtuvo el doctorado en Madrid. Dedicóse en seguida a la Histología normal y la Anatomía Patológica, y luego amplió sus conocimientos en Londres, París y Berlín, con ilustres personalidades científicas.

Sus grandes y verdaderos maestros fueron, Achúcarro, tan prematuramente arrebatado a la ciencia, y el inmortal Santiago Ramón y Cajal.

De Don Santiago Ramón y Cajal dijo Del Río Hortega: "Trabajé muchos años a la luz de su figura venerable; sentí día por día la emoción de estrechar su mano y escuché su voz consejera y amiga; vi de cerca su insaciable anhelo de inquirir nuevas verdades; su lucha con los problemas emanados de la complejidad de las estructuras histológicas; su perspicacia en la observación, unas veces; su firme intuición, otras; su lógica en el razonamiento y su justeza en la crítica. No siempre comprendido por él, pasé a su lado y lejos de él por las alter-

nativas del afecto, del desdén y acaso la injusticia. Al lado de Cajal, me sentí estimulado y deprimido, experimenté alegrías y amargas, gocé de las más hondas emociones. Pasé la mayor parte de mi vida pensando en Cajal, con la suprema aspiración de seguir sus huellas: mi vida está llena de Cajal y su recuerdo se halla incrustado en mi cerebro. Me complace por todo hablar de él y siempre”.

Conocí a Don Pío en 1924, en el Laboratorio de Histología Normal y Patológica de la Junta de Ampliación de Estudios, que dirigió desde 1920 hasta 1939. Lo hallé rodeado de una docena de discípulos fervorosos, en plena actividad productiva, y quedé hondamente impresionado por el entusiasmo de los miembros de su escuela y por la alta calidad de sus trabajos.

Más tarde fué llamado al Instituto del Cáncer, del que fué sub-director y director (1932 a 1939) y allí desarrolló sus célebres trabajos sobre tumores del sistema nervioso.

Producida la espantosa tragedia de la revolución española, sin haber sido nunca un político activo no olvidó los grandes deberes ante la patria, pues en sus horas difíciles los hombres dignos prefieren perder todo menos el honor. Y se vió el triste espectáculo de este hombre de ciencia eminente que tuvo que dejar su patria tan querida, a la que servía y honraba tanto, para marchar a un destierro injusto.

Las más grandes instituciones del mundo le ofrecieron posiciones. Aceptó ir a la Universidad de Oxford, donde trabajando en colaboración con el célebre neurocirujano Hugo Cairns, dirigió el laboratorio de histopatología nerviosa y donde recibió el título honroso y merecido de Doctor Honoris Causa.

Al conocerlo en España, me habló Don Pío de su deseo de visitar a la Argentina, propósito que se realizó al año siguiente, en 1925, por invitación de la Institución Cultural Española. En Buenos Aires no se limitó a dar conferencias si no que organizó cursillos prácticos en los que enseñó prodigamente los secretos de sus métodos de impregnación con carbonato argéntico, en las cátedras de Histología y de Anatomía Patológica de nuestra Facultad de Medicina.

En 1939 me escribió que estaba en Oxford "rodeado de toda clase de consideraciones científicas y sociales y de contar con medios de trabajo, en vez de estar como hubiera sido mi deseo, en algún país de habla española. Quiera Dios que pronto pueda normalizar mi vida junto a los que piensan, hablan y sienten como yo". Expresado así y reiterado luego su deseo de venir a trabajar entre nosotros, después de largos trámites oficiales, pudo llegar al fin en Agosto de 1940, invitado por la Institución Cultural Española. Esta benemérita institución, dirigida admirablemente por su presidente Don Rafael Vehils y su secretario Don Avelino Barrio, a más de invitarlo decidió organizar un nuevo ciclo de conferencias y cursos prácticos. Y más tarde, gracias a la visión inteligente de sus dirigentes creó y sostiene el Instituto de investigaciones de Histología e Histopatología, de tan elevado prestigio mundial, que edita los Archivos de Histología Normal y Patológica. Se estableció así un instituto privado de investigaciones desinteresadas de la más alta jerarquía, que honra a la Institución Cultural Española de Buenos Aires y a nuestro país.

La obra científica de Don Pío se inició con el hallazgo de técnicas histológicas nuevas y como fruto alcanzó resultados originales de gran importancia. Perfeccionando las técnicas de Achúcarro y de Cajal ideó nuevos y variados métodos de impregnación a base del carbonato argéntico que manejaba con habilidad inigualada. Es de esperar que sus discípulos los publiquen con todo detalle para que sean debidamente usados y aprovechados en todo el mundo.

Del Río Hortega descubrió la microglía (1919) y su significado fisiológico y patológico; luego halló la oligodendroglía; más recientemente estudió la neuroglía de los ganglios simpáticos y sensitivos (1942) y estaba describiendo la neuroglía de los nervios y sus terminaciones. Estos descubrimientos le han dado justa fama universal entre los primeros neurohistólogos de todos los tiempos.

Otra obra original descollante es el estudio y clasificación de los tumores del sistema nervioso, tarea monumental en la que puso a contribución su amplia experiencia y sus conocimientos extraordinarios.

Una de sus investigaciones más importantes versó sobre la estructura de la epífisis y es hoy considerada como el estudio clásico más fundamental sobre el tema.

En otros campos estudio las epiteliofibrillas, los cromatóforos de la piel, la estructura del timo y variados temas en los que nos legó conocimientos importantes.

Una característica fundamental de la civilización es la continuidad, pues sin ella no se llega a grandes obras, ni las naciones llegan a ser poderosas o eminentes. Del Río Hortega lo sabía y formó una escuela.

Consagrado con fervor a la ciencia, Don Pío trataba a sus discípulos con generosidad y afecto, y era un ejemplo viviente como sabio y como hombre. Por ello tuvo siempre muchos alumnos y formó a muchos histólogos eminentes, como Jiménez de Asúa, los dos Gallego, Penfield, Costero, Vázquez López, y entre nosotros muchos histólogos y patólogos, entre los cuales eran sus más allegados discípulos Prado y Polak.

Tenía una amplitud extraordinaria de conocimientos, una habilidad técnica sorprendente, un entusiasmo contagioso, laboriosidad y perseverancia. Era más bien tímido y modesto y no le agradaban los grandes auditorios ni los actos espectaculares. Pero una vez vencida su timidez, se mostraba sensible, bondadoso, cordial y amigo muy leal. Tenía un afecto grande por sus hermanos y le dolió mucho separarse de ellos al tener que dejar su país.

Era un gran patriota y siempre en su vida y sus trabajos tuvo presente el amor a su patria. En todo momento lo que oía y veía lo refería a España y tenía ansia en mostrarnos a cada instante lo mucho español que hay en lo argentino.

Tenía arraigados sentimientos de democracia y de devoción a la libertad y dignidad humanas. Por lealtad a ellos sufrió el destierro que le fué tan penoso: y es triste ver aún hoy a su patria, tan querida por nosotros, privada temporariamente de muchos de sus hijos eminentes, interrumpidas sus mejores escuelas científicas, y en espera de reanudar su magnífico renacimiento de las tres primeras décadas de este siglo.

Don Pío ha muerto en tierra amiga, rodeado del afecto

y veneración de todos y trabajando como en sus mejores días en su obra nunca interrumpida.

Fué bueno, noble, generoso, idealista y patriota. Sembró el bien y formó una escuela. Hizo nacer afectos y recuerdos que le sobrevivirán al través del tiempo.

Fué uno de los más altos ejemplos humanos, una de las glorias más puras de su patria y uno de los más eminentes hombres de ciencia del mundo contemporáneo.

Paz en su tumba.

